



Homilía

50º aniversario de la Hermandad Jesús de la Salud en sus Tres Caídas

Rota, 24 de octubre de 2010

Querido Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la "Hermandad de Penitencia y Silencio y Cofradía de NUESTRO PADRE JESÚS DE LA SALUD EN SUS TRES CAÍDAS, MARÍA SANTÍSIMA de la CARIDAD, MADRE del AMOR HERMOSO y SAN JUAN BAUTISTA".

Celebramos hoy el 50º aniversario de la fundación de la Hermandad y lo primero que hacemos es dar gracias a Dios que a lo largo de estos años ha dado su gracia a tantos hermanos que han hecho posible edificar una Hermandad joven y viva que es fermento de devoción y testimonio en esta Iglesia local.

Teniendo presente que la razón de ser de nuestra Hermandad es el crecimiento interior en el seguimiento de Cristo, honrando públicamente y venerando la imagen de **nuestro Señor Jesucristo de la Salud en sus tres caídas**, nada mejor en este aniversario que profundizar precisamente en este misterio de amor.

La caída del hombre

La tradición piadosa de las **"tres caídas"** de Jesús en su camino al Calvario se ha relacionado, naturalmente, con el peso de la Cruz; lo cual hace pensar en la caída de Adán, nuestro primer padre, y, por ende, en el peso de su pecado, fruto de su soberbia de querer **"ser como Dios"**. Ésa es desde entonces la gran enfermedad del hombre. Ahí radica el mal que es la causa de la caída de todos hombres de todos los tiempos. Enfermedad que se manifiesta con gran virulencia en nuestra sociedad actual, tan autosuficiente por sus logros tecnológicos, pero al mismo tiempo tan hastiada de su mismo bienestar, dado que éste nunca es capaz de ofrecer lo que anhela, en su ser más profundo, el corazón del hombre.

Por lo mismo, una sociedad agostada en su esperanza, según alertaba Juan Pablo II en su Exhortación Apóstolica tras el Sínodo sobre Europa:

*"...la época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo (n. 7). Es decir: "... la **pérdida de la memoria y de la herencia cristianas**, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. (ibíd)*

Nos encontramos de esta forma con una sociedad en la que sus miembros aparecen como cansados de tener fe; con un hombre superficial que ha abandonado al Señor y ya no cree en nada; que se deja llevar simplemente por la corriente y acaba manejado por las grandes ideologías materialistas que han creado un nuevo paganismo. El hombre, pues, en su visión más profunda, se nos manifiesta como un hombre **"caído"**, sumido en la tierra; queriendo olvidar definitivamente a Dios, se ha convertido en una caricatura de sí mismo; ya no se ve como imagen de Dios, sino que incluso ridiculiza al Creador, con lo cual atenta contra su misma dignidad.

La caída de Jesús

¡Con qué grandeza, pues, aparece ante nosotros, hoy, este Jesús caído, arrastrado por la caída del hombre, de todos los hombres!. Cómo su humillante caída bajo el peso de la Cruz, acentúa la naturaleza y la gravedad de nuestro pecado de soberbia, de querer emanciparnos de Dios, de ser los únicos artífices de nuestra vida. Todos, en fin, nos podemos reconocer mordidos por esta rebelión contra la verdad, en un intento de hacernos dioses, en el cual nos hundimos y terminamos por autodestruirnos.

Sin embargo, la caída de Jesús no nos habla de derrota, sino de solidaridad. **“Bajó del cielo”** –confesamos en el Credo- y **“descendió”** –por amor- hasta nuestro mismo barro. Esa es nuestra certeza en esta mañana; y esa certeza es la razón de ser de nuestra devoción a Nuestro Padre Jesús.

En su caída bajo el peso de la cruz aparece todo su amor a nosotros: su humillación voluntaria para liberarnos de nuestro orgullo ha sido una verdadera victoria sobre el pecado y la muerte. San Pablo nos lo expresa en la Carta a los Filipenses:

«Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 6-8).

Lo que estaba perdido

Pero, si el pecado de orgullo y soberbia es la enfermedad de nuestra sociedad actual, nuestra devoción al **Señor de las Tres Caídas** nos habla de **“salud”** y de **“salvación”**. El Evangelio nos dice que Jesús se presenta como el que ha venido **“a buscar lo que estaba perdido”**. El corazón del hombre –enfermo de egoísmo- es lo que está perdido y Jesús lo ha venido a encontrar y curar **“porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos”**.

Esa es la realidad que, en definitiva, vive Zaqueo: pecador, alejado de Dios y de su pueblo. Su preocupación son los bienes; simboliza al hombre inmerso en el materialismo del tener. Es la representación de un individualismo radical e insolidario. Y todos nos podemos sentir también representados en Zaqueo.

Sin embargo, **“algo”** se mueve en el corazón de este hombre. San Agustín, aquejado de la misma “nostalgia”, que lo llevó a una búsqueda incesante de la verdad de Dios, lo expresa diciendo:

“Nos hiciste, Señor, para Ti; y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti” (Cf. Confesiones, I, 1).

Efectivamente esa salud es la que ha salido a buscar Zaqueo, que, en un momento de sinceridad consigo mismo ha descubierto que, en el fondo, su vida está vacía; todo su tener no lo sacia; ni su buen vivir cura la herida de soledad que, como una llaga, agosta su esperanza.

Por eso, también nosotros hoy estamos llamados a poner los medios para tratar de **“distinguir quien es Jesús”** y cuál es el proyecto de vida que nos propone, ante tantas ofertas que nos salen al paso. Despojémonos del falso prejuicio de estar pendientes del qué dirán. Busquemos el **“árbol”** que nos sitúe en el camino del Señor. Hay que salir al encuentro de Jesús porque El quiere encontrarse con nosotros. Nuestro Padre Jesús de la Salud nos conoce. Sabe de nuestras **“caídas”** y quiere levantarnos a un horizonte nuevo de vida y esperanza.

Contemplemos, por tanto, con ojos nuevos a **Nuestro Padre Jesús en su tercera caída**. El Señor cae para estar más cerca de nosotros. Dejemos que El nos ayude ... a bajar de nuestro orgullo para así poder ayudar a otros. Despojémonos de nuestra autosuficiencia, de nuestro engañoso afán de autonomía y aprendamos de El, que **“es manso y humilde de corazón”**.

Hoy ha venido la salvación a esta casa

También nosotros estamos llamados hoy –como Zaqueo- a alojar a Jesús en nuestra casa; es decir, en nuestro corazón. El Señor ha querido descender hasta la humildad del pan y del vino para que su **Cuerpo** y su **Sangre** abra torrentes de vida dentro de nosotros (cf Jn 7, 38).

¿Y de quién mejor que de nuestra Madre, **la Virgen de la Caridad** podemos aprender cómo acoger a Jesús? Ahora podemos escucharla: **“hágase en mi, según tu Palabra”**. Pongamos en práctica su consejo de Madre, que siempre nos lleva a Jesús y nos dice: **“haced lo que El os diga”** .

Abramos, pues, las puertas de nuestro corazón al Señor que viene a traer la felicidad y la salvación. Con Él es posible salir de la soberbia y entrar en la libertad de la donación; es posible reconstruir el matrimonio; dar nuestro tiempo en caritas, en la catequesis; no ser insensible ante los débiles ... Con Él podemos consolar el sufrimiento del otro, acompañar a los enfermos, sostener en la fe a los que se sienten perdidos y desorientados.

Por tanto, hermano, cuando te sientas débil, ¡mira a Jesús caído!. Cuando te sientas caído, ¡mira a Jesús que se levanta!. Cuando te parezca que ya no puedes más, ¡mira a Jesús!: Él se ha hecho débil para que tú seas fuerte. ..

Y recuerda: a ¡cuántos! podrás tú ofrecerles una palabra y tenderles una mano para que a través de ti conozcan a Nuestro Padre Jesús de la Salud en sus Tres Caídas y puedan experimentar de corazón que el Señor también les dice: ***“hoy ha llegado la salvación a esta casa”***. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez